

# LA AZUCENA

REVISTA QUINCENAL

 BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.

 Esta REVISTA se publica  
los días 15 y último de cada mes.

Se remite á la Isla franca de porte.

 DIRECTOR PROPIETARIO,  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.  
Calle del Cristo, N.º 1.  
PUERTO-RICO.

 Precio de la suscripción.  
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.

Solo se admite suscripción por trimetre.

## CARTA DE ISaura A GRACIELA.

Puerto-Rico 24 de Setiembre de 1,874.

Querida amiga: Singular es; pero no menos cierto, que los caracteres vivaces sean los mas susceptibles. Esto te cuadra perfectamente: tú, tan propensa á la broma y tan alegre de genio, te estás muriendo de cordedad ante la idea de que el público te llame pedantuela, por verte, como dices, *metida á filósofa* en tu carta última. Si el discurrir es *meterse á filósofo*, y porque una mujer se permita discurrir, debe darse la razón á la chacota del vulgo, frescas estamos! Por mi parte, ya pueden decir ciertas personas lo que se las antoje, que á pesar de mi genio, mas encogido que el tuyo, aunque no tan corto como el de Julia, me tiene sin cuidado que me den en cara con el pecadillo de discurrir ante el público, que antes que yo han cometido las Stael y otras ilustres reputaciones de nuestro sexo: por mas que la comparacion sea desatinada respecto de mí, tocante á los merecimientos. Y si esto digo en general, ¿Qué no habré de decir en lo referente á Don Cosme y á la Sra. de Microvista? Así pues, sigue esta manera de pensar y resignate: ya que el diablillo consabido tiró de la manta y fué á dar con tu epístola á "LA AZUCENA," para que la comenten más ó menos á tu gusto, sus numerosos lectores, ó lectoras que son su mayor parte.

¿Qué paseo tan celebrado el tuyo á las poéticas orillas del río Ponce! ¿Te pareció tan bello porque me recordabas? ¡picarilla! Y el bueno de Enriqueito no os acompañaba? Vamos á que es verdad! La propia omisión de su nombre me le trajo á la memoria cuando leía tus descripciones. Así somos las mujeres: llamamos siempre lo principal, es decir, lo que mas nos interesa. ¿Qué quieres? He dado en imaginar que Ponce te va gustando, mas que por sí mismo, por el estado de tu corazón, en el que la amistad no está sola ni en el primer lugar. — Dice Víctor Hugo, hablando del teatro, que allí el amor debe marchar en primera línea por que es el alma de la sociedad, y respecto de tus descripciones, me ocurre pensar, que á sabiendas ó no, has seguido este precepto ó buen consejo artístico, toda vez que en aquellas descubro al traviesillo vendado, oculto ó velado por la amistad. En fin, ello dirá á su tiempo.

Tu ciudad me ha parecido así, así. — No es esto decirte que no me agrade; al contrario..... Debo ante todo darte las gracias, porque me supones superior al mezquino espíritu local. Yo creo que pueda ser hasta laudable cuando es ilustrado, es decir, cuando, por fijarse en lo verdaderamente digno de imitación, sirve de estímulo á los adelantamientos morales, intelectuales y materiales de la localidad: siempre lo justo es el mejor límite de las cosas.

Por eso no quiero confundirme con cierta paisanita mía, quien al preguntarle qué tal le había parecido esta ciudad, respondía con desden: "Las calles están en cuesta y se siente mucho el mal olor del gas." Esto era lo único en que se había fijado durante su per-

manencia de ocho ó quince días en esta ciudad, á donde había venido por primera vez, y la vez primera que había dejado á Ponce.

No, yo creo que aquí hay respecto de nuestra isla, algo mas que ver y que no vió. Las calles son empinadas, es cierto, sobre todo en la parte alta de la ciudad; y aunque esto ofrezca la ventaja de que estén secas cuasi al terminar la lluvia, y contribuye mucho esta posición en anfiteatro á la belleza del panorama que desde lo alto de aquellas se divisa, apareciendo como verdaderamente bella la población á quien la contempla desde el puerto; tiene el inconveniente de lo molesto, para el que no está acostumbrado á subir por las susodichas calles, y son estas de penoso ó difícil acceso á los carruajes.

Ponce lleva en esto la ventaja con la llanura de su superficie, pero en lo dicho y nada mas, porque estas calles son tambien rectas y están embaldosadas. Tú habrás visto que en esa mi querida villa, cada vecino ó propietario construye respectivamente la acera que toca al frente de su casa: sistema atrasado que lleva contra sí la desigualdad en el material, si es que todos cuidan de fabricar la dicha acera, que son muchos los que se hacen sordos, sobre todo al tratarse de los grandes solares en que no hay mas que una simple cerca de tablas que á su vez afea la calle. Aún ofrece otro mal, y es el de que muchas delanteras de casas están pavimentadas de ladrillos puestos de canto, como me cuentan que se hacía en esta ciudad, antes de ponerse en uso el enlosado actual, allá por los años de 36 á 38: pavimento deleznable y ocasionado á charcos y otras molestias.

Y no se crea que el piso de esta población sea el ideal, léjos de eso: aun no se usa el adoquín que debiera reemplazar al chino, principalmente en las calles de San Francisco, la Fortaleza y San Justo, que son bastantes transitadas por carros y otros vehículos de ruedas.

Mientras esto no se verifique, podrá tener razon cierto doctor, pariente mío, quien al hablar de la contribucion de carruages, suele decir: "Vea U. ¡pagar mi coche á la calle, por lo que la descomponen; cuando debía esta pagar á mi coche por lo mucho que le daña con sus chinos!"

¿Con qué el gas dejaba sentir su mal olor por todas partes, decía mi paisanita? ¡Cosa extraña, cuando todo el mundo se queja aquí de lo mismo desde hace algunos años! Esto será sin duda porque le hay, que si no, no se sintiera.

En esa villa no *apestaba* antes, porque no lo había; hoy que le hay, ya vereis si le sentís por donde quiera, si no se cuida de lo contrario ó no se repone lo que se daña de puro viejo. Y eso que en honor de la verdad, este mal, segun me dicen, ha disminuido aquí bastante.

¿Y en el teatro? Pero de este edificio, como tal teatro, habré de formar capítulo aparte.

Por lo que toca á su alumbrado, aunque menos sombrío que antes, segun me cuentan; tampoco está el gas tan claro que no necesite del auxilio de algunos quinqués de petróleo. Por supuesto el olorillo de

siempre. ¡Pobres gargantas! decía yo respecto de los cantantes, en los conciertos á que asistí con la familia de Julia en noche pasadas.

A propósito del teatro: no corresponde ya á esta poblacion ni en forma ni en decoraciones; que casi no pueden llamarse tales los girones que quedan del tiempo de su fundacion, y que como pintura eran obra de los afamados hermanos Villamil, ni tampoco lo que de entónces acá se ha ido añadiendo.

¡Cuánto me acordé del nuestro al hallarme en éste por primera vez y cuán bonito me pareció ese, verdadera perla entre los tentos de esta Isla!

En cambio, desde los balcones de la casa de Julia, en donde tengo mi alojamiento, y que está situada al principio de la calle de Tetuan ó sea en la muralla que se llamó de la Palma, divisó las salidas y puestas de sol mas espléndidas.

Del balcón de mi dormitorio, divisó un semicírculo que coje, desde casi la boca del Morro y el pueblecito de Palo-seco hasta el puente de San Antonio, y estoy situada precisamente en el centro de la cuerda del referido arco. En este se comprende, bahía por medio, el vecino Bayamon tendido en su alegre y risueña llanura: al frente de mi casa, Cataño adonde van y de donde vienen constantemente y á bandadas como á manera de pájaros marinos (ya que no los vapores, y en esto progresamos) los botes que se ocupan en unir con la ciudad, á muchos pueblos de la Isla; y luego divisase á Rio-Piedras mas á Oriente, y por último y mas hácia acá, las quintas del Olimpo, la Arcadia y otras muchas de la carretera de Cangrejos.

Imagina que, cuando estoy mas distraída, asoman de repente, como á manera de buques fantasmas, los que trasponen la Fortaleza para buscar el fondadero en la gran ensenada de los muelles, y que los divisó hasta en medio de los manglares, de aquellos aparentes lagos que por el día dora tan bellamente el sol y por la noche platea la luna con tan suavísimos fulgores.

Aun en la noche mas oscura, es bello este panorama: los farolillos de los buques, que entre el misterio de las sombras irradian á trechos su melancólica luz sobre las olas dormidas; así como las luces del barrio de la Marina que tengo á mis pies, contribuyen á que aparezcan, por el contraste, mas fantásticas, mas visibiles, como diría Milton, las tinieblas.

La dicha Marina es, como acabo de expresar, un barrio en donde, desde que se permite fabricar de mampostería, ha ido el comercio levantando sus vastos almacenes. Este ornato hace mas lamentable el desorden en que aún está el resto del caserío casi todo de madera, y que por la naturaleza de este material, es de vecindad peligrosa para las mercancías depositadas en los susodichos almacenes, en que no dejará de haber efectos más ó menos inflamables.

De sentirse es tambien que un barrio que ya poblándose, no tenga sus calles ordenadas y embaldosadas, como las de esta ciudad de que forma parte; viéndose en los días de lluvia, mas que baches, lagunas de triste aspecto y nada saludables, no solo á los vecinos de aquel barrio sino á los de la ciudad entera, si es verdad que, como dicen las personas competentes, un foco de infeccion irradia como un foco de luz; solo que de las primeras irradiaciones librenos Dios, así como de las segundas nos librarán de buena gana Don Cosme y la Sra. de Microvita, si estuviese en su mano.

Pero habría tanto que decir en cuanto á higiene respecto de esta ciudad, tanto que echar de menos en punto á ornato y tanto que lamentar respecto de las habitaciones; que lo dejo para otra carta, porque es tarde y tengo aún que *emperegilarme* para salir despues de comer con la familia.

Esta no sabe como agasajarme ni como hacerme lo mas grato posible, mi residencia temporal en esta su casa y poblacion.

Hasta ahora habrás visto que voy siendo imparcial al referir mis impresiones. No te digo que voy queriendo á tu ciudad ni que en ella veo por donde quiera tu imagen, para que no me acuses de plagiaría: ya que dices lo mismo de mi Ponce con referencia á mí.

Adios. Un beso de Julia y otro mio para esas mejillas, que deben ponerse tan bellas y rosadas cuando ves á quien tú sabes.....

Siempre tuya y muy tuya.

ISAURA.

## SECCION CIENTÍFICA.

### HIGIENE PUBLICA.

La infinita variedad de seres que pueblan la tierra, la marcada y sorprendente diversidad de caracteres con que se distinguen aun los de la misma especie, mas notables todavia cuando se estudian y comparan los de aquellos que habitan un punto del globo, con los de los otros, que residen en lugares diferentes; y los mismos elementos de vitalidad y nutricion necesarios para su existencia; dan claro testimonio de que su organizacion fué, en el principio, en un todo acomodada á las condiciones y leyes naturales establecidas para la creacion y gobierno del mundo; así como desde entónces se viene observando tambien el influjo recíproco de dichos seres en el sostenimiento, admirable armonía, y cumplimiento de dichas leyes. Confirma esta verdad su aparicion sucesiva en los diferentes días de la creacion. En aquellos primitivos tiempos, húmeda y fangosa la tierra, rodeada de una atmósfera densa, cargada de carbono y ázoe, careciendo todavia del principio vital respirable, necesario al mayor número de animales, especialmente á los de clases superiores, no era naturalmente posible que de un modo simultáneo fuesen todos creados; los cuerpos organizados mas en relacion con los principios coetáneos existentes, fueron los primeros en aparecer; y aunque sometidos por su constitucion particular á las leyes establecidas, tendrían á su vez que contribuir con sus funciones á la formacion de nuevos elementos indispensables á la existencia de los demas que vinieron despues; y hasta tanto que hubo todos los necesarios para el sostenimiento de la vida del hombre, cuya delicada organizacion es la mas perfecta y complicada, no fué éste creado: de aquí el que fuese el último en la creacion.

Ligado, como esencialmente le está, nuestro ser físico á fuerzas naturales, misteriosas en su esencia, solo conocidas por sus efectos, y de las cuales pende su existencia material; fácilmente se collige que todo cuanto de ellas nos aparte, ha de sernos por necesidad nocivo; así como el acomodarnos á su ejercicio, observando el orden establecido por la naturaleza, nos será siempre altamente beneficioso.

Sentado este precedente, veamos ahora, entre los innumerables servicios que el reino vegetal presta á la humanidad, aquellas cualidades mas en relacion con el objeto que nos proponemos en este escrito, y de las cuales la generalidad muy poco ó nada se cuida; apesar de la grande importancia dada por el Divino Creador, que con ellas demuestra una vez mas en beneficio nuestro su prevision, fuente de otros bienes incalculables. Me refiero á la pureza y frescura de la atmósfera, ocasionada por los vegetales, y su accion modificadora de la luz solar, para el ejercicio de la vision; que encuentra en esa infinita variedad de plantas, con colores diferentes, un tesoro de delicias, y la inteligencia una fuente inagotable de conocimientos.

Pero no contemplemos al reino vegetal bajo este aspecto, y si con relacion á la tierra. ¿Qué sería ésta si se la despojara de ese matizado tapiz con que se embellece? Un vasto dementerio, foco perenne de emanaciones pútridas, alimentado por una temperatura mucho mas elevada, y sostenido siempre por ese inmenso laboratorio de la naturaleza, donde la vida se produce con los despojos de la muerte. Privados los rayos solares de tan poderoso medio refringente y de reflexion á la vez, siendo entónces mas enérgica su accion, se aumentaría de un modo considerable el calor exterior de la tierra; y favorecido por éste á la vez el del interior de la misma, daría por resultado una temperatura insoportable, incompatible con la existencia de muchos seres. La misma fuerza de la luz solar, no estando ya en relacion con las disposiciones del órgano visual, haría imposible la vision.

Ademas, formada la atmósfera de tantos elementos



heterogéneos, propios para determinados seres, los mas inferiores por cierto, (si cabe inferioridad en algo de lo que en el plan divino llena un objeto necesario) hallándose privada de toda vegetación, manantial fecundo é inagotable del oxígeno, elemento poderoso de nutrición, sería absolutamente imposible la existencia de los seres dotados de organización superior.

Estas ideas generales, trazadas á grades rasgos, ponen de manifiesto con mas claridad todavía, las estrechas relaciones del organismo humano con la naturaleza; y por poco que acerca de ellas se medite, se vendrá siempre en conocimiento de las conveniencias sin número, y de los inmensos beneficios que incesantemente prodiga ella á la humanidad. ¡Llor eterno al Hacedor Supremo, que con tales primores, levas destellos resplandecientes de su infinita sabiduría, derramó por todas partes inestimables dones y preparó al hombre su morada!

Hemos querido con toda intención hacer resaltar aquellas relaciones y en especial las que el hombre tiene con el reino vegetal, solo en lo referente al objeto que nos ocupa; con el fin de que aplicándolas á nuestra Ciudad, sea mas patente la verdad de nuestras demostraciones; sin que se entienda por esto que estemos en la creencia, ni que pretendamos persuadir á los demás, de que la falta de vegetación en ella dé un resultado idéntico al de la tierra privada en absoluto de vegetales. Cumple solo á nuestro propósito, poner de manifiesto el bien de que carecemos, y los males originados de esa privación.

Así pues, con estos antecedentes fijemos ahora la consideración en las dimensiones de la Ciudad, que teniendo una figura de trapecio, mide su área unos 352,980 metros cuadrados, y se halla cubierta de 900 casas y 41 edificios públicos: relacionando estos datos con el último censo de almas publicado en el año anterior, sáquese la proporción de los metros cuadrados que corresponden á cada individuo, y desde luego se verá que ni á 16 metros le toca: desproporción enorme comparado este número con el que la Higiene preceptúa de 40 metros cuadrados *por lo menos* para cada persona. Este único dato es tan importante, que por sí solo revela la existencia de un manantial perenne de males para los moradores: con él se viene en conocimiento de que la presión ejercida sobre la totalidad de ellos por ese cincho de murallas, los ha obligado á levantarse los unos sobre los otros. La población, por esta causa, en lugar de haberse extendido en superficie, como lo exige la ciencia, lo ha verificado por superposición; medio que siendo altamente reprobado, aun en los climas templados y frios, debe serlo con mayor razón en los cálidos como el nuestro, por ser en estos mas fecundos los mismos males que semejante modo de extensión determina en aquellos. Échase de ver por consiguiente lo excesivamente apiñada que está la población: resultando de esto: primero, que para acomodarse han tenido que elevar las casas, siendo antes en general terreras, lo que estaba mas en relación con la grande estrechez de las calles y con la falta notable de plazas, porque las que existen, en número escaso por cierto, son plazuelas; y segundo, que se hayan aumentado en las casas las habitaciones, pequeñas por lo comun, á expensas de los grandes espacios libres que antes tenían aquellas; dando esto por efecto, mayor desprendimiento de miasmas y gases deletéreos, con obstáculos poderosos á su libre curso, que multiplican los focos de infección. Unidos estos á los escapes frecuentes que por distintos lugares tiene el gas del alumbrado y á otros muchos, que escusamos repetir por haberlos denunciado antes de ahora, mantienen constantemente una atmósfera impropia para satisfacer las necesidades del organismo y en extremo perjudicial á la salud de los habitantes.

Ademas, ese mismo apiñamiento en el modo de vivir, junto con las expresadas condiciones de nuestra ciudad, producen tambien otro efecto no menos atendible, cual es, el considerable aumento de la temperatura,

de suyo muy elevada ya por razones geográficas, ya á consecuencia de la profusa reflexión de la luz por todas partes: ese aumento excesivo de calor no solo favorece y determina la corrupción y el desprendimiento consiguiente de los mencionados gases, sino que excita en alto grado la traspiración cutánea con gran detrimento para el individuo, molestado á la vez por esa misma luz refleja, que ademas de ocasionar padecimientos en la vision, disminuye el poder de su acción antes de tiempo.

Para nadie queda oculto el remedio de estos males luego que son conocidos; pero si tantos son los inconvenientes de su aplicación, no faltan sin embargo medios para atenuarlos en lo posible, sin dejar de ser siempre altamente provechosos despues de vencidos aquellos. Nos referimos á alguno de los que la misma naturaleza ha establecido como agentes de realización de sus fines: la vegetación; de la cual carecemos casi en absoluto, por haber sido destruida, por motivos de necesidad, la que en otro tiempo prestó grandes servicios, siéndolo tambien despues por desconocerse su importancia, supuesto que se le dió preferencia á otras cosas que no la tenían y no se rozaban con la existencia individual. Con ella se enriquecería nuestra atmósfera de oxígeno y absorbería gran parte de los miasmas y gases que la llenan de impureza y la hacen nociva á la nutrición: con ella sería ventajosamente modificada la acción de los rayos solares, con especialidad en aquellos lugares mas espaciosos donde aparece mas radiante el sol: con ella tendríamos un ambiente agradable y perfumado y mas suave la temperatura: con ella podría ganar mucho el ornato público, prestándose por su misma variedad á toda clase de perspectiva que quiera dársele; y por último con ella se sentiría menos calor, no solo por las modificaciones que determina en el del exterior, sino porque disminuiría el calórico en el interior de nuestra organización, siendo mas perfecta la hematosis por encontrar la función respiratoria una atmósfera mas oxigenada y pura y menos cargada de otros principios que alimentan la combustion. Con todas estas ventajas sería menor el número de nuestras enfermedades, no se agravarian comunmente las que por su naturaleza son leves, ni serian tan frecuentes las endémicas.

No se esconden á la generalidad muchas de las causas de insalubridad que tenemos, y apesar de esto, en épocas bonancibles se la oye con no poca frecuencia exclamar: "¡Qué saludable es esta población!" Y esto que por sí expresa ya una creencia, podría hacernos aparecer como visionarios ó por lo menos exagerados en nuestras apreciaciones; pero como ese fenómeno tiene su explicación, la daremos desde luego para que la verdad quede en su lugar.

Muchas y muy especiales han sido las condiciones de salubridad con que fué por la naturaleza dotada esta población, las cuales hemos dado á conocer en un extenso artículo publicado en "EL FOMENTO" el año de 1,866; y si bien, por el rápido y prodigioso incremento de ella en pocos años, hemos tenido la desgracia de haber perdido algunas de grandísima importancia; para nuestra dicha conservamos todavía otras, cuya acción deseamos favorecer proponiendo medios convenientes. Á éstas por una parte debemos esas épocas de calma y de bienestar físico, que por tiempo no muy largo experimentamos: y por otra al instinto de nuestra propia conservación, que se revela hasta en la mas ínfima molécula de nuestros tejidos: por él está nuestro ser orgánico en continua reacción contra los elementos morbosos que por la piel y por la respiración nos vienen constantemente de afuera, ya para destruir ó modificar la acción de ellos, ya para expulsarlos del interior: y si bien es potente por un tiempo mas ó menos largo, en esa continua lucha llega por último á ser vencido; porque la sangre, recargada con tan nocivos principios, se altera hasta el punto de no encontrar los órganos en ella los que requiere la nutrición; y si los conserva, la modificación que los extraños producen, hace que aquel

líquido reparador sea impropio para sostener las fuerzas del organismo.

Acostumbrémonos pues á ver la realidad en las cosas y no vivamos de apariencias, para que no se abandone el empeño, que siempre debiera tenerse, en proporcionar medios favorables á la salud, removiéndola á la vez toda causa que la perturbe: téngase presente que ella es la primera y la mas imperiosa de las necesidades del hombre, y sin embargo la mas descuidada por los negocios de la vida, conociéndose solo su importancia luego que se pierde. Sépase ademas que de algunos años acá, venimos observando enfermedades de infeccion de suma gravedad, que ántes no existían; y las que en épocas lejanas eran solo estacionales, son ahora casi continuas.

Seamos, por lo tanto consecuentes con la naturaleza, empleando los recursos con que nos ha favorecido; y en vez de destruir, foméntese en todos los lugares, en que los consientan las condiciones de la ciudad, jardines y arbolado: y ya que nuestras calles por su grande estrechez no lo permite, adórnese con ellos todas las plazas y el contorno de los edificios públicos, que tengan espacio suficiente; así como todo el exterior de la ciudad, aprovechando el terreno libre que dentro y fuera de murallas existe; y en lugar de verse desierto el campo del Morro con una calzada que lo atraviesa, podría ésta hallarse guarnecida de una calle de árboles, cuya sombra contribuiría á mantener tambien en particular la salud de la tropa, obligada como lo está á transitarla á todas las horas del día. ¿Cuántos soldados habrá que hayan perdido ese don tan extimable, y cuántos habrán sucumbido de una afeccion cerebral ocasionada por la insolacion! Con esa calle de árboles y otros que, guiados por el buen gusto, se plantarán en sitios convenientes, ademas de los beneficios generales que habían de producir, tendría dicho campo una perspectiva mas halagüeña. Otro tanto debiera hacerse en el cementerio que por su naturaleza lo exige, y tiene tambien á su frente un terreno que mejorando de aspecto, prestaría comodidad al transeunte.

Siendo la brisa uno de los vientos reinantes en esta ciudad, y no habiendo otro arbolado fuera de la puerta de Santiago que el del Paseo, debiera tambien con empeño fomentarse, estendiéndolo por los lugares que se encuentran sin plantío alguno, para tener un ambiente muy saturado del principio vital, y un muro poderoso contra un enemigo que en alas del viento, viene de tiempo en tiempo á sembrar entre nosotros el terror. Así es como esos miasmas deletéreos, desprendiéndose constantemente del terreno fangoso de los mangles, determinan en unos, el *vómito negro*, y en otros *fiebres malignas* con resultados idénticos.

Tomémos ejemplo de aquellas poblaciones cultas que, conocedoras del bien que la naturaleza proporciona, saben utilizarlo y admiten en sociedad las plantas, no solo como elemento de vida, sino para su adorno: y ostentando con ellas hermosura y alegría, las cuidan con esmero por el gran beneficio que á la salud proporcionan. Hagamos nosotros eso mismo y tendríamos la manera de contrarrestar, no poco, muchas de las causas de insalubridad denunciadas y de favorecer la accion de las condiciones benéficas que todavía conservamos.

FRANCISCO JORGE HERNANDEZ.

## WAGNER Y LA MUSICA DEL PORVENIR. (\*)

### II.

La lucha entre los partidarios de los elementos melódico y armónico, está hoy mas empeñada que nunca, movimiento de que Wagner, como ántes dijimos, es

(\*) En la última línea, antepenúltimo párrafo del artículo anterior sobre esta materia, suprimase la preposicion *a*, y léase: *tantas otras piezas mas que conocidas*.

el mas radical representante, y que habrá de terminar por transaccion: único medio de que los músicos se entiendan entre sí. Semejante transaccion está prescrita por la naturaleza, que no creó para el antagonismo perpétuo cosas llamadas á converger á un solo fin.

Esta convergencia es tan natural y lógica, cuanto que si la Música es el arte que rige las manifestaciones del sentimiento por medio de los sonidos; no siendo estos otra cosa que las vibraciones del aire, puesto en ondulacion ó movimiento por un medio cualquiera; ni pueden verificarse sino dentro del Tiempo; ni es dable prescindir de las leyes del sonido dentro de aquel, que es su único medio de transmitirse: so pena de dejar incompletas aquellas manifestaciones.

Cuatro son, pues, estas leyes: duracion, sucesion, medida y simultaneidad.

La *duracion*, la *sucesion* y la *medida*, son los elementos principales de la melodía, así como la *simultaneidad*, que es la reunion de dos ó más sonidos expresados á un tiempo, constituye el elemento principal de la armonía.

Y ¿sería el lenguaje completo una vocal aunque se pronunciase indefinidamente? De ningún modo, puesto que para formar la palabra, base del lenguaje, tendría la vocal que asociarse á la consonante y producir con la *simultaneidad*, la sílaba; aunque esta simultaneidad no podría ser mecánicamente tan precisa como en la Música, porque el sonido musical es emitido, y la consonante ó la sílaba es sonido articulado, y como tal, mas difícil de emitir á causa de lo complejo de la pronunciacion. En vista de esto, la vocal, elemento imprescindible de la palabra, es á la consonante ó sílaba (iguales bajo este respecto,) lo que la *duracion* y *sucesion* á la *simultaneidad* musical. Por ejemplo, *a...* es la *duracion*: *a, a, a, &c.*, la *sucesion*: *ba, bra, &c.*, la *simultaneidad*: es lo que hallamos mas apropiado á la comparacion.

La Música no fué tal, hasta que la armonía, es decir, la *simultaneidad* quedó establecida en el siglo nono, aunque un tanto ruda. Dulcificada luego en el siglo catorce por algunos italianos como Francisco Landino y Jaime de Bolonia, quedó perfeccionada en el décimo quinto por los franceses Dufay y Bianchois y por el inglés Dunstaple; desde cuya época ha continuado enriqueciéndose hasta el día, en que puede decirse que quasi ha llegado á su apogeo.

Ahora bien, sin haber hallado realizada la *sucesion* ó sea la melodía ¿habría sido posible realizar la armonía, de una manera musical, es decir, formar la frase, hacer la lengua de los sonidos? Es indudable que no: pues he aquí la necesidad de convergencia, natural, lógica, indispensable; y así como sería incompleta la belleza cuya realizacion es el fin del arte, sin la melodía, que es imprescindible; lo sería tambien si se hiciese caso omiso de la armonía que es su complemento: sin la segunda, el lenguaje musical se compondría solo de interjecciones prolongadas ó repetidas; sin la primera el lenguaje musical sería imposible.

Y no llamémos desdeñosamente con algun escritor músico, *colorido* á la melodía y *dibujo* á la armonía, valiéndonos del tecnicismo de la pintura, en cuya arte se suele dar á lo segundo la importancia mayor; porque á su vez vendría algun partidario de la preponderancia melódica, que tampoco faltaría y notabilísimo por cierto, á decirnos que la melodía es lo principal en la obra porque es el pensamiento, y el nombre de *motivo* que se la aplica, serviríale como de molde para sostener la supremacía fundamental de su favorita.

Pero por fortuna no es tan extenso el exclusivismo de los unos ni de los otros: la cuestion, como hemos indicado, es de supremacía, y por nuestra parte opinamos con toda la moderacion de quien debe tenerla, que ambas deben ser principales, como de igual importancia en el arte y como necesarias en el mismo grado para la cabal realizacion de la belleza artística: y si esto es eclecticismo, no es ciertamente el que nace del capri-



cho; sino que opuesto al sistema de exclusiones, no tiende á desunir lo que unió la naturaleza de antemano, y proclama la excelencia de cada cosa en su esfera respectiva: esferas ámbas que, á fuer de concéntricas y diametralmente iguales, deben venir á confundirse en una sola.

En cuanto al notable artista que motiva estos artículos, Wagner, cuya música hemos oído por desgracia harto poco, y de cuyos escritos y teorías no hemos podido hacernos cargo sino por transmisión ó segunda mano, como suele decirse; aunque sea gran partidario de la preponderancia armónica, y atrevidísimo, libérrimo en el uso de este elemento; la variedad de *motivos* abunda en sus obras, y á pesar de aparecer como sobrio en el uso del *malódico*, por puro sistema, se descubre que la exhuberancia de su número inventivo le lleva á él con frecuencia y mal su grado: surgiendo aquellos, aún en medio de las combinaciones mas osadas y profundas, y de las abundantes y repetidas transiciones con que intenta á menudo, ó desviarlos de su camino ó ahogarlos entre raudales de armonía.

¿Y cómo modular sin la melodía, sin la sucesión que es el movimiento? ¿Cómo armonizar, sin el motivo, hilo ó base que es el canto? La armonía pura es imposible en el sentido absoluto, y cuando aquel adjetivo se aplica á un trozo de música, es porque en él, la melodía ó el canto, está tan envuelto en la combinación de acordes, que no es dada su percepción sino á oídos relativamente ejercitados.

También se acusa á Ricardo Wagner, de lo que á Mayerbeer respecto de algunas de sus obras, y á otros músicos modernos, aunque con menor motivo: de desusar el *ritmo* sobradas veces.

Comprendemos que en esto se refieren al *ritmo de compases* y no al de tiempo, es decir, á lo que suele llamarse *cuadratura de las frases*, porque el *ritmo de tiempo* es tan ineludible, como que la palabra *ritmo* significa número, y número en arte quiere decir armonía. Música sin ritmo de tiempo, sería lo mismo que música sin música. Según Fétis, autoridad competentísima en la opinión de los músicos mas ilustrados, la pobreza de la nomenclatura ó tecnicismo musical, hace que se designe con un solo nombre á mas de un objeto, y la palabra *ritmo* está en este caso. Si se diese el nombre de *metro* al *ritmo de compases*, por su analogía con su equivalente en la versificación, sería mas fácil de tomar en cuenta la objeción que se hace á la música de ciertos compositores modernos como Wagner.

Lo que entendemos que este maestro hace, es prescindir de la cuadratura ó metro, de la *frases medidas*, escribiendo *prosa musical*, que como la prosa del lenguaje común, tiene su armonía especial, imprescindible, aunque libérrima. Por lo tanto, no falta á la ley del *ritmo de tiempo* que no es otra cosa que la *diferencia de viveza ó lentitud, establecida en un orden regular cualquiera*, y que mas ó menos perceptible, es el verdadero número, el verdadero ritmo armónico, porque de él deriva el acento, la expresión, que es cuasi el todo en la lengua del arte.

Así pues, de la igualdad de *metro ó cuadratura* puede prescindirse; aunque con ingenio, medida y buen gusto, lo mismo en música que en versificación; pues la armonía en ámbas es mas que análoga, mas que semejante, idéntica. Wagner, en su tendencia á hacer mas teatral su arte, quiere huir del manierismo italiano, en que casi todas las piezas tienen el mismo corte: rutina en que al recitado sigue el andante y á éste el alegre y luego el duo, &c.; y emplea á su vez la prosa musical para acercarse al diálogo, con mas ó menos razón, según que adopta esta práctica de una manera mas ó menos absoluta. Pretende, y en esto no carece de lógica, que si la música ha de ser drama, debe seguir las evoluciones de éste, que cada día ha ido libertándose, en lo posible, de la inverosímil rutina griega, para adquirir cierta naturalidad y vitalidad, que no tienen otro mal que lo mucho que se abusa hoy, hasta con pretenciosa jactancia, de un realismo que no es el arte.

Wagner opina, por ejemplo, respecto del coro, que no sea este el superfluo y poco ingenioso *prologuista* griego que sale á decir lo que ha de suceder y ha de ver el espectador, ni tampoco el coro declamador y automático de la tragedia antigua; sino que cada corista lleve su acción, su papel, como acontece en sus óperas, en las de otros compositores de mas allá del Rhin, y aún en las de algunos de mas acá, como Mayerbeer.

Por lo que atañe á la orquesta, pretende con mas extremo que otros que ya lo hacen, que cante á su vez y con frecuencia: que bien digna de ello es hoy, en vista de su riqueza de elementos; y así, no es ya aquella en sus óperas un simple acompañante.

Todo esto es, como puede comprenderse, muy razonable; pero desdeñar por completo el uso, siquiera sea parco y alternado de la armonía simple, pasto á la serenidad del espíritu fatigado por la atención y el movimiento de la armonía complicada, y porque la continua erudición es sabiduría, pero no arte; preferir, por sistema, el uso constante del recitado, por aquello de que se parece al diálogo, lo que expone al compositor á caer en cierto realismo tan ageno de la música, y en que ha venido á hundirse el drama moderno; afectar el uso de la música *sin ritmo de compases* que sería lo mismo que desdeñar en poesía los versos, solo porque de ellos se ha abusado, ó porque, como dicen ciertos realistas dramáticos, así no se habla; sería como privar á la oda de sus blandas caídas, al cuadro de los tonos suaves y al campo montañoso de los valles intermedios; no sería en nuestro humilde concepto, acercarse á la perfección, al período final y permanente de las evoluciones artísticas; por el contrario, sería exponerse á menoscabar los fueros del arte, por salirse de su elevada órbita, formular un sistema, servir á la reacción ó exclusivismo de una escuela, ir con el posadero gusto de una época, y nada mas.

Á esto expone Wagner á la Música, con su teoría y ejemplo, según los juicios que de él hemos oído, si se le sigue en absoluto y sin detenerse en lo que enseña de razonable.

Campéese libre y atrevido el arte; pero dentro de sus premisas; y si aquel es la regla general, sea el buen gusto la excepción. Aún queda algo que estudiar en el terreno de los acordes, según la opinión de músicos distinguidos, y donde hay que investigar, no debe censurarse la prudente osadía.

En resumen: Wagner significa en el mecanismo del arte, el liberalismo armónico mas osado: en el teatro lírico, la tendencia mas definida hácia la verdad dramática: en la filosofía del arte, representa mas que otro alguno este período de exclusivismo del elemento armónico, que tiende á preponderar, pero que aún está distante de ser la verdadera síntesis musical, porque una amalgama de principios no sería nunca una verdadera síntesis; mas, como este período de exclusivismo armónico, es muy diferente de la manía *contrapuntista* que extravió el arte en la edad media, llevando aquel movimiento de análisis al caos de un manierismo prosaico y material; no deja de ser un progreso, una etapa avanzadísima respecto de aquel período. Que Wagner es un apóstol, es indudable: respecto del papel de regenerador que sus partidarios le atribuyen, el porvenir decidirá hasta que punto haya llevado el arte, bien en la teoría, bien en la práctica, con su crítica ó con sus obras, hácia el período de *avenencia racional y permanente*, que es la meta ambicionada por algunos y que la lógica promete á todos.

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

Se asegura que la compañía dramática que dirige Valero, el gran decano de nuestros actores, deberá llegar á esta ciudad, procedente de Méjico, á principios del entrante, con el fin de trabajar en este Coliseo: nos alegramos.

ENARDO Y ROSAEL

6

## EL AMOR Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS.

NOVELA ORIGINAL

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

( Conclusion. )

X.

Y andando los tiempos, tras de largas edades que nada son para la eternidad, nos encontramos en la época moderna.

Rotas para el mundo moral las columnas del Non-Plus Ultra, la viajera civilización planta su tienda muy mas al Occidente. Sin duda, circunvalando la Tierra, llegará de nuevo á Oriente, su punto de partida, y el planeta se verá al cabo ceñido por su mágico cinturón de resplandores.

Agítase en vastas ciudades la humana grey, unidas aquellas por rápidas vías y lazos fraternales.

Animadas por un solo pensamiento que bulle sobre enjambre de pensamientos, realizan en concierto la verdadera unidad que no mata la variedad: conjunto armónico cuyo lema y movimiento puede sintetizarse en esta mágica palabra: adelante!

Espléndidos jardines que llena y esmalta la variada y pintoresca multitud, habrán de ser el lugar de nuestra escena.

Allí el rumor de las fuentes, que derraman la frescura esquisita, se mezcla á los sonidos de armoniosas músicas y al rumor descorde al parecer, no menos armonioso al cabo, de la colmena racional.

El perfume de las flores, maravillas de los campos, se mezcla sobradas veces al humoso hálito de fábricas y locomotoras, maravillas de la industria.

Las cabelleras del vapor cubren de vez en cuando y en diversos giros la serenidad de los cielos, y en contrastes tan visibles se goza el ingenio humano, oponiendo á las maravillas naturales las maravillas de su arte.

El canal, sierpe de plata: la carrilera, sierpe de hierro: los lagos que parecen espejos clarísimos: las quintas y verjeles que placen á los ojos; la casita rústica que se cierne en la colina: el bosquecillo que brinda al placer con sus cenadores naturales: todo eso alegra al corazón que puede gozarlo, y le hace tomar por eterna la vida de un día; por paraíso, lo que el alma contenta podría ver hasta en el desierto: que también tiene sus espejismos el alma humana.

XI.

Ved allí entre las flores, adornando los jardines otra clase de portentos: los de la belleza que el ingenio realiza transparentando el espíritu, los portentos de la verdad sensible: la estatua de Apolo frente por frente de la de Vénus: dos mitos en piedra para la historia, dos ingeniosos milagros para la estética.

Silencio! Escuchémos su peregrino diálogo.

Apolo.—El Olimpo se hundió para siempre. ¿Quién se acuerda ya de aquellos felices tiempos? Al ver á Júpiter convertido en piedra ¿quién habría de reconocerle? Desde que la mujer leyó en algún libro maldito, que es igual al hombre, ante Dios, porque el alma no tiene sexo, y ante los hombres, porque no debe de haber dos morales ni dos justicias; se acabó su fragilidad y con ella mi Olimpo y travesuras.

Vénus.—¿A qué tales lamentos, hermosa estatua? Con solenns fiestas acaban los hombres de ponernos de adorno en estos bellos lugares, para venir á rendirnos homenaje como á belleza griega.

Apolo.—Verme yo aquí! Si supieses cómo! No soy Apolo, sino Júpiter petrificado bajo su forma, y si hablo de las mujeres de este siglo, es porque caras me cuestan mis femeniles aficiones.

Vénus.—Sorpréndeme cuanto dices, querido padre. ¿Cómo reconocerte?

Apolo.—Ya nadie cree en mí ni en el Olimpo, y solo se me acepta como obra de arte. Así, cuando me nombro, me tratan como fábula ó mito histórico. Amos-tázame que el mundo se ría en mis barbas de mi pasada omnipotencia; y cuando en ello pienso, cuasi me

resigno á vivir petrificado. Al menos de este modo, unos por dárle de artistas y otros á fuer de tales, me miran y celebran.

Vénus.—Conozco los achaques de mi sexo, querido padre, y ya que tanta afición le tuviste, puedo asegurarte para tu consuelo, que por muy variado que aquél se encuentre, no faltarán ojos bellos que te admiren como varonil belleza, y que á mas de contemplarte, con ella sueñen.

Apolo.—Bien que tal sea triste recurso para quien fui; tan griego puro soy, que semejante contemplación me consuela y aun solaza.

Vénus.—Pero ¿á qué lance debo, querido Júpiter mio, la ventura de tenerte tan de cerca?

Apolo.—Como ya no hay mujeres ni hombres, pues hánse dado aquellas á lo que antaño solían ejercer tan solo estos; ó hablar de cierta célebre escultora, y despertóse en mí el curioso anhelo de conocerla. El Fidias hembra así trazaba y cincelaba el mármol como habría manejado la rueca en otro tiempo. Hermosa era indudablemente la tal mujer, y trayéndome el recuerdo de aquella nueva Helena que en la Edad Media me dejó burlado, concebí el intento de atraer á la escultora con el señuelo de la varonil belleza. Venía mas que al pelo á mi propósito la estatua que de Apolo comenzaba. Infundíme, pues, en aquel mármol, y todo iba saliendo á pedir de boca; pero la escultora no era la mujer de los pasados tiempos, y lejos de seducirla mis encantos varoniles, ni siquiera su atención paraba en ellos. Creyóme producción suya, puesto que de su cincel iba saliendo; y si cual obra del arte me admiraba, como Apolo me trataba como á piedra.

Vénus.—¿Y porqué no abandonaste entonces semejante estado?

Apolo.—Los aires que corren en estos malditos tiempos, petrifican al mas pintado, y el que á estatua se mete, se queda estatua.

Vénus.—Pues por distinto medio me encuentro aquí. Como reina de la hermosura y madre del amor, continúo siendo la adoración del mundo; y pues me place que me admiren y contemplen, híceme petrificar en este trozo de Carrara. Conozco también, como te dije del mio, los achaques de tu sexo, ¡Y cuántos, para mi gozo, so pretexto del arte, no habrán de deleitarse contemplando mis formas! Así pues, sigo reinando, y este pedestal en que me miras, me sirve de ara, como ese jardín será mi templo. Desde aquí presenciare, dándola de indiferente piedra, los homenajes y adoraciones.

Apolo.—Dichosa tú, hija mia.

Vénus.—No tanto que haya podido mantener á Enardo en la idolatría de la afrodítica hermosura.

Apolo.—(Sorprendido) Cómo! ¿Ha tornado á la tierra aquel maldito?

Vénus.—Desde luego.

Apolo.—(Con vivo interés.) ¿Y la otra?

Vénus.—No he logrado dar con ella. Sin duda como anda tan cambiado el mundo, y sobre todo mi sexo, no me ha sido posible reconocerla si ha vuelto á él. Por lo que atañe á Enardo, cuando dejó de creer en el Dios de los cristianos, se dió á mí con todo su ser; pero hále hastiado mi culto y se desvía. Más aún: si pretendiera tornarle al Naturalismo griego de su origen, no lograría restituirle por completo, toda vez que el cristianismo, que pasó por su alma, ha modificado su antiguo ser. Esta consideración me contrista y desazona.

Apolo.—Resignémonos, hija mia; ya que no me es dado disponer de mis antiguos rayos.

XII.

No lejos de aquellas estatuas y á la sombra de acacia perfumadora, está Rosael, es decir, una mujer que se le parece, aunque un tanto desmedrada su belleza por algún pesar oculto.

Lee y medita: escuchémos su monólogo: "No me ha sido dada semejante ventura. ¿Vivir sin él? Y cómo he podido volver á la Tierra si él no ha vuelto? Acaso vive y no le he reconocido, acaso vive y no me reconoce. ¿Tan ruidoso está el Mundo, que no se oyen mutuamente al encontrarse, dos corazones que por su mutuo amor palpitan? Sin duda el Señor en sus bondades me admitiría de nuevo entre los coros de su gloria; pero volver allí solo, mi ser que bajó á buscarle? Y si antes de conocerle y ser amada no podía vivir allí sin anhelar su compañía, cómo lograr-





lo ahora? Pero ¿quién es aquel que se dirige á estos lugares?

“La tarde está apacible; convida á vivir con él. Ese cielo tan azul y tan sereno, esas flores que acrecientan sus perfumes, esa aura, que parece mas suave, esos pajarillos que cantan, ah! todo me dice que si aquel hombre no es él, lo cree mi corazon engañado dulcemente.”

“Oh! cómo ha cambiado en su presencia la naturaleza toda! es él, sí, es él....”

“Pero parece triste, cabizbajo: se dirige lentamente á estos lugares, que con la venida de la noche van quedando solitarios.”

“¿Por qué os vais, locos? Os vais de aquí precisamente cuando todo comienza á ponerse tan hermoso! Antes tanta soledad con vuestro ruido, y ahora que os vais, quedo tan acompañada!”

“Me parece que algun ser sobrenatural ha bajado al mundo y dice á la naturaleza: Anímate, que aquí estoy.” Y yo digo: Animaos campos, animaos rios, anímate cielo, que aquí está Enardo!....

“Pero qué veo! se dirige hácia las estatuas de Vénus y de Apolo....”

Enardo.—Todo en el mundo se ha puesto en su lugar. Ha muerto la guerra, y los odios son estériles, la ciencia ha resuelto los problemas del bienestar y la justicia. El arte lucha y vive por sí mismo, y la Filosofía reina en el mundo. Lo vulgar ha quedado vencido por lo bello y lo sublime, la intolerancia por la libertad, el privilegio por la justicia, la rutina por la razón, la ignorancia por la luz, la inercia por la voluntad. La distancia y el tiempo se han hundido en el no ser: la misma lucha del espíritu contra la materia, ensanchando el campo de lo conocido, se ha trocado en grata agitacion que le solaza y robustece: todo es ahora bello, todo es grande y feliz en este planeta en que solo yo no lo soy, porque no encuentra mi alma lo que busca: todo es bello, todo es grande y feliz en este mundo; pero el amor, mi amor, mi Helena!

Callaban las estatuas. La de Vénus sin duda por cálculo, la de Júpiter ó Apolo por despecho.

—Tu belleza, oh! Vénus—prosiguió Enardo—no llena el corazon que amó y ama á Rosael. Para mí el mundo es sol que no calienta ó flor que no perfuma. Adios pues, belleza del Arte que admiré, y Ciencia que busqué en vano. Ni tú, Arte, me la muestras, ni tú, Ciencia, me revelas donde mora.

Adios, y que la nada torne á la nada!

Enardo!—gritó una dulce y trémula voz deteniendo el brazo que se levantaba para herir....

Helena! Rosael!—gritó Enardo reconociéndola.... Vénus calló de rabia y Júpiter por impotencia.

### XIII.

Rosael. ¿Qué intentabas, Enardo?

Enardo. Ir en tu busca.

Rosael. ¿Soy yo acaso la Nada?

Enardo. Tienes razon: Vivamos pues, ya que tú vives: solo así es habitable el mundo.

Rosael. Pero dudas de Dios, Enardo, y él es quien me envía de nuevo á tu lado.

Enardo. Dios! Dios!

Rosael. Y qué! le niegas? Has olvidado que bajé del cielo en busca tuya?

Enardo. Bellas fábulas, Helena. Jamás pude hallar la solucion de este problema.

Rosael. Problema le llamas: luego es algo, y el algo tiene causa y fin forzosamente. En un tiempo el hombre racionalizaba á la mujer: ahora toca á ésta desmaterializar al hombre: por eso lleno semejante mision para contigo.

Enardo. Todo ello puede ser verdad; pero cuando me encuentro vagando contigo de época en época, sin saber de donde vine ni á donde voy....

Rosael. La religion.....

Enardo. Invencion fué de los hombres.

Rosael. La ciencia.....

Enardo. Como ilimitada, ignora su destino.

Rosael. Los sentidos.....

Enardo. ¿No pueden ser un sueño?

Rosael. La razon.....

Enardo. Locura metodizada.

Rosael. La necesidad de la justicia no realiza en el mundo.....

Enardo. La justicia es invencion de los débiles.

Rosael. Y ese progreso que de edad en edad has presenciado ¿no reconoce por meta lo mejor?

Enardo. Lo mejor es puramente relativo.

Rosael. La posesion de lo absoluto anoncharia al hombre. Solo Dios puede ser absoluto sin anoncharse.

Enardo. Entonces.....

Rosael. Queda al hombre la aspiracion á lo absoluto, marchando por medio de relaciones cada vez mas vastas y acaso mas armónicas. Tú mismo acabas de conceder que, aunque puramente relativo, existe lo mejor. Si esto es así ¿no revela esta palabra, lo mejor, una ley que en vano pretenderías negar?

Enardo callaba pensativo y el ex-ángel continuó con mas conñado empuño:

Rosael. Si existe lo mejor, si esta condicion es ley y por lo tanto progresion invariable, sin paradas, ni derivaciones, ni retrocesos lógicos; el mundo, que es objeto de aquella ley, mejora acercandose mas á Dios y conociendo mejor sus leyes.

Enardo. ¿Y quién me asegura que no sea yo mismo una mentira?

Rosael. ¿La mentira, la negacion afirmándose á sí propias?

Enardo. Si soy verdad ¿porqué vivo de mentiras?

Rosael. Y nuestro amor?

Enardo. Ah! nuestro amor es aspiracion constante, pero insaciable.

Rosael. Es algo que me lleva con insistencia hácia un lugar que no está en este mundo, y que en éste nos reúne mas de una vez durante el curso de los tiempos: es algo que abate la mano con que ibas á dar fin á tu existencia. Oh! Enardo, Enardo! si cuanto vemos es solo resultado de nuestros sueños; estos son verdades, ó en nada parecidos á la mentira.

Enardo. Cuántas veces me he preguntado sin hallar respuesta, mas que el origen, el fin y objeto de semejantes cosas!

¿Qué es la belleza, me digo, la belleza que siento, que miro, que buscaba y adoro en tí?

¿Para qué es la ciencia que me arrastra como la luz, si en ella he de quemarme como la mariposa que en su torno gira?

Rosael. Esa mariposa es el delirio que muere abrasado por la luz. El delirio es insaciable, y no bastándole la luz, quiere ser luz. Entonces, engañado, por fundirse con ella, se abisma en su foco y se consume estérilmente.

Enardo. Pues bien, Helena mia, ¿para qué pensar? Soñemos, deliremos y sé para mí la mentira de un cielo: yo aceptaré como verdad mentira tan hermosa. Vivamos en el cielo del amor, que no está siempre mas allá: delirio dulce que tiene por templo ese otro delirio rítmico y bello que se llama Naturaleza.

Rosael. Enardo: jamás pudiste dudar de este amor que ha sobrevivido tantas veces: pues bien, dejaría de amarte si olvidara mi mision sobre la tierra. Desdichado el amor que reniega de su origen. Bastante nos alejamos ántes del Cielo, y por eso vagamos aún en el Mundo, region de sufrimientos.

Enardo. Adios, Rosael, adios. Tú no perteneces á la tierra. Eras una ilusion irrealizable, la única que me quedaba.—Adios para siempre!

Enardo emprendió la marcha, desesperado, aunque al parecer tan solo triste. Partía lentamente; pero Rosael no se sentía con fuerzas para detenerle, ni tal vez para dejarle ir.

¿Por qué no ejercía Vénus en ella el encanto de otras veces? Acaso forjaba mas refinados planes: acaso la época, fortaleciendo la razon en Rosael, es decir, en la mujer, la hacía mas razonadora como hemos visto, y menos propensa á las alucinaciones; pero el amor ardía en Rosael, y quizás, faltando á su propósito, iba á correr tras de su Enardo, cuando Vénus queriendo perderla para siempre, hubo de salvarla.

Sin duda llegaba la hora en que la diosa afrodita cayese en sus propios lazos. La astuta abispa se dejaba llevar tambien de su delirio, y por parecer mariposa, revoloteaba en torno de la luz, tal vez iba á quemarse.

### XIV.

Rosael dió dos pasos hácia su amante, y cayó desmayada sobre el césped: había sufrido tanto!

La tenue brisa agitaba aquellas undosas trenzas.

mas perfumadas que los heliotropos y jazmines de los contornos: leve agitacion, que aparecia como único signo de que no era estatua.

Vénus invocó á Hebe, su bella hermana, la diosa de la Juventud, la que sirvió en el Olimpo el delicioso néctar, y que vino con su traje de aurora á derramar en los pálidos lábios de Rosael, la copa de los éxtasis y ensueños amorosos.

También envió Vénus á Cupido en pos de Enardo, que como quien aguarda la voz que ha de llamarle, iba tan lento como pensativo.

Rosael pasó del delirio al ensueño y del ensueño al éxtasis.

Comenzó á desprenderse de su ser la esencia angélica, que así de la rosa despréndese el aroma ó sea ella misma; pero como aquel ser, todo era esencia, convirtiéndose todo en tal, y á manera de la aurora mas esquisita, fuese sumiendo misteriosamente por los sutiles poros de la estatua.

Vénus que había intentado petrificar á Rosael, quedó vencida, porque su mármol entrando en calor suavísimo, sin perder su lisura voluptuosa, fué *carnificándose*, por decirlo así, tan suavemente; que cuando volvió Enardo, atraído por el Dios del amor, que con blandura venia agitando sobre su frente sus alas soporíficas, la estatua bajaba con animado amor á recibirle.

Oh! que pasmo celestial! Así como ántes Venus se encarnaba cual diablo tentador en Rosael, éste se encarnaba ahora como ángel en Vénus celificándola: el rostro y amor de Rosael con las ideales formas y atractivas gracias de la reina de la hermosura, destronada, transformada para siempre. Aquello era más que la belleza antigua: era un espíritu, semejante al de una Teresa de Jesus, encarnado en la esposa del rey de Esparta.

Enardo al verla, al contemplarla, al estrecharla entre sus brazos, quedose á su vez transfigurado. La duda murió en él, ántes aquel soplo celestial que reviviendo su alma le decia: que si con ángeles soñaba, era como ángel tambien aunque caído.

Apolo, ó mas bien Júpiter, sorprendiose al ver prodigios tales. ¿Cómo pudo espiritualizarse aquella roca? Ignoraba que Rosael había animado en ella lo porvenir; al paso que la majestad del Dios Olímpico, muerto ya cual todo lo pasado, tan solo podía existir como arte ó como piedra.

La luna comenzó á dejarse ver en el Oriente y alumbrió con dulzura los semblantes amorosos.

Y entonces dijo Rosael á Enardo:—Comprendo al cabo que mi mision durará lo que el mundo: *celificar* en la Tierra el amor. Ahora comprendo las palabras del Supremo Padre: "Lucifer del amor terrestre, no dejarás la tierra, sino cuando el amor sea digno del cielo." Hagamos, Enardo mío, que nuestro amor sea digno de él.

La luna entonces brilló espléndida. El ruiseñor, el ave de las dulces serenatas, que amante de la rosa, en las selvas suspira y en los jardines canta, comenzó á celebrar tan bella noche, y las flores derramaron por vía de incienso raudales de perfumes. Aquello era el himeneo del verdadero y cabal amor; por eso las áuras lanzaban suspiros ténues pero venturosos, que parecían decir: "Silencio!... Oid como laten los amantes corazones: bellezas de natura, no turbeis los sueños ni las esperanzas del amor."

Y la luna se ocultó á su hora en Occidente, trayendo á su vez el sol de un nuevo día.

Y ni este ni aquella nos han dicho una sola palabra acerca de lo que vieron.

Los diarios de la gran ciudad, hablaron mucho (durante un día, que luego vinieron otras cosas) de la desaparicion de la hermosa estatua: hiciéronse sobrados y hasta sesudos comentarios; pero todos parecieron esplicables por tesis positivas, así como en otro tiempo habriase hablado de brujerías y apariciones.

En cuanto á la estatua de Apolo ó Júpiter, nada pudo esta decir, porque con tales maravillas, quedose mas mudo y petrificado que ántes.

Y de haber hablado ¿quién habria podido entender su pedrística gerga?

Verdad es que nadie tuvo á bien interrogarle: desdenosa omision que le irritaba. No se avenia á verse mirado tan solo como obra de arte por algunos, y por los profanos, que son los mas, como mero y durísimo pedruzco.

## XV.

No sabemos si Enardo y Rosael vieron pasar el dulce delirio de tan probado amor; pero si fué así, tambien cuando pasa el sol, deja por huella el hermoso crepúsculo de la tarde, y tras él la noche que suele venir serena, con sus estrellas que van apareciendo; si es que la luna no viene á embellecerla con resplandores mas dulces que los del sol.

Quiza cuando llegue un día, aquel de ira y de pavesas, en que el misterioso valle se cubra de séres, Rosael podrá decir al Señor presentándole á Enardo: "Señor, si me impurifiqué con el amor terrestre, he tratado de mantenerle mirando siempre hácia tu cielo."

Y el Cristo podrá decirles: "Venid, venid hácia mi cielo, porque habeis sufrido y amado mucho!"

FIN.

## CANTARES.

Yo me parezco á la nube  
Que en lágrimas se deshace;  
Tú á la roca que las bebe  
Sin llegar nunca á ablandarse.  
Mi amor cual la siempreviva  
Que es la flor del cementerio,  
Supo conservarse viva  
Para guardar tu amor muerto.

JULIA DE ASENSÍ.

En el Abanico de mi hermana Matilde.

Cuando agites con donaire  
Tu abanico, flor temprana,  
Murmura alegre y ufana:  
Solo en el mundo no es aire  
El cariño de una hermana.

CELIA DE ASENSÍ.

Escritos por no sé quien y tomados de no sé donde.

Traspone un sol, con él van  
De la vida los instantes:  
Anhelos que fueron ántes,  
Dolores despues serán:  
Tras luengos siglos de afán  
Llega el hoy, mas no hace estancia:  
El tiempo al tiempo le alcanza;  
Suspiro y digo:—¿qué pierdo?  
Si el ayer es un recuerdo  
Y el mañana una esperanza!—

Secretos que el tiempo escribe,  
La eternidad los revela;  
Una voz que nos consuela  
En los sepulcros revive:  
Fé, que á todo sobrevive,  
Nos afirma en la mudanza  
Con que al tiempo el tiempo alcanza;  
Y el hombre dice:—¿qué pierdo?  
Si el nacer es un recuerdo  
Y el morir una esperanza!—

## PARA EL "ADIOS" DE SCHUBERT.

Adios, encanto y gloria:  
adios, mi paraíso:  
adios! el cielo quiso  
que te dijera "adios."  
Adios! Sin tí en la tierra  
¿qué "adios" tendria consuelo,  
si es dar "adios" al cielo  
el darnos este "adios"?

A. TAPIA Y RIVERA.

Establecimiento tipográfico de Gonzalez.